

CAPÍTULO IV.

RELACIONES DEL HOMBRE CON DIOS. SAN AGUSTIN.

SECCION I. — RASGO CARACTERÍSTICO DE SAN AGUSTIN.

§ I. — San Agustín y la filosofía.

Se ha negado la influencia de la filosofía sobre el cristianismo. Sin embargo, los Padres más eminentes han salido de la escuela de Platon: Orígenes inspira á la Iglesia oriental y San Agustín es el doctor del Occidente. El primero, dominado por el platonismo, es más filósofo que teólogo, al paso que San Agustín subordina la filosofía á la religion; es más teólogo que filósofo. Orígenes se extravía en hipótesis, algunas de las cuales son admirables; su doctrina fué condenada como una herejía porque no respondía á las necesidades de su tiempo que reclamaban una fe y no especulaciones metafísicas (1). San Agustín formuló en medio de la invasion de los Bárbaros la creencia que habia de gobernar á la Edad Media; de aquí su poderosa influencia.

San Agustín ha confesado públicamente las faltas de su juventud. La filosofía dió principio á su conversion (2): «Un tratado

(1) JERÓNIMO dice hablando de los partidarios de ORÍGENES: «*Hoc quod vos miramini, olim in Platone contempsimus. Contempsimus autem, quia Christi stultitiam recepimus. Recepimus Christi stultitiam, quia fatuum Dei sapientius est hominibus*» (epist. 38 ad Pammach., t. IV, P. II, p. 317).

(2) AUGUSTIN., *Confess.* III, 4.

de Ciceron, dice, cambié el curso de mis deseos y me movió; oh Dios mio! á no dirigir mis oraciones más que á vos. Las vanas esperanzas del mundo me parecieron viles; me sentí abrasado por un ardor increíble por la eterna sabiduría, me levanté para dirigirme á vos.» En los primeros escritos de Agustín respira un vivo entusiasmo por la filosofía, y principalmente por la de Platon (1): la Grecia tuvo la gloria de encender el fuego sagrado en este gran genio (2). Vióse tan deslumbrado por aquella luz que creyó hallar toda la doctrina del cristianismo en la filosofía platónica; parecía-le que serian suficientes algunas modificaciones en el lenguaje y en el dogma para trasformar á los Plotinos y Jamblicos en cristianos (3).

Sin embargo, habia una oposicion profunda entre el espíritu del cristianismo y el genio antiguo; el alma religiosa de Agustín lo conoció. En su edad madura se echa en cara como errores los elogios que habia prodigado á los filósofos. No porque condene en absoluto las especulaciones filosóficas de la Grecia, sino porque desecha como vanas disputas todo lo que es extraño á la religion. Las concepciones de Anaxágoras, de Demócrito, le parecen tan absurdas que se avergüenza de refutarlas; compadece al género humano que ha podido creer semejantes delirios (4). Agustín no acepta de la filosofía más que la parte teológica que se aproxima al cristianismo. Admite que los neoplatónicos han conocido la Trinidad. Reconoce que la filosofía ha visto el fin hácia el cual debemos dirigirnos; ¿por qué, pues, no ha llegado á él? Porque no ha conocido el camino que debia seguir (5). Los filósofos no lo han encontrado, porque no han buscado con piedad; su ciencia está viciada por el orgullo, los ingratos se han atribuido á sí mismos la parte de verdad que habian descubierto; olvidando al Creador,

(1) AUGUSTIN., *De beata vita*, § 4: «*Lectis Platonis paucissimis libris.... tanto amore philosophicæ succensus sum, ut statim ad eam me transferre meditarer.*»

(2) IBID., c. *Academic.* II, § 5: «*Etiam mihi ipsi de me ipso incredibile incensum concitarunt.*»

(3) IBID., *De vera relig.*, § 7: «*Paucis mutatis verbis et sententiis Christiani fierent.*»

(4) IBID., *epist.* 118, §§ 2, 12, 31.

(5) IBID., *De Civ. Dei*, x, 29; *Confess.*, v, 5; *De Trinit.*, IV, 1.

han adorado á la criatura (1). A esta ciencia de hinchazon y de orgullo opone San Agustin la humildad del apóstol (2). Si la humildad no acompaña á todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones serán viciosas; el único camino para llegar á Dios es la humildad, siempre la humildad y nada más que la humildad (3).

§ II. — San Agustin, el doctor de la gracia.

Se ha llamado á San Agustin *el doctor de la gracia*, y mejor aún pudiera habersele llamado *el doctor de la humildad*; este es el título glorioso que él mismo da á Jesucristo (4). A sus ojos la predicacion evangélica se resume en la enseñanza de la humildad. Toda su doctrina tiende á anular á la criatura, para no dejarle más esperanza ni más refugio que Dios: «Señor, exclamé, tú me mandas que te ame; dame lo que me pides, y mándame lo que quieres» (5). Estas palabras de las *Confesiones* son la expresion de los sentimientos y de la teología de Agustin. El hombre queda despojado de lo que constituye su individualidad; su sér, su libertad, su libre arbitrio son absorbidos por la accion omnipotente de la gracia.

San Agustin llegó gradualmente á este punto extremo de su doctrina. En cuanto se abrió su inteligencia á la meditacion, le preocupó la cuestion del origen del mal. El mal nace con el hombre y le acompaña durante toda su existencia, ¿cómo explicar esta miserable condicion? El problema es capital, porque de su solucion depende la naturaleza de las relaciones entre Dios y el hombre. Orígenes buscó la explicacion del misterio en una vida

(1) AUGUSTIN., *in Joann. Evang. Tractat.*, II, § 4; *De Trinit.*, XIII, 24; *Confess.*, V, 5.

(2) PABLO: «La ciencia envanece, la caridad edifica» (AUGUSTIN., *De Civ.* IX, 20).

(3) AUGUSTIN., *epist.* 118, 22.

(4) MATEO, XI, 29: «Aprended de mí, porque yo soy dulce y humilde de corazón.»—AUGUSTIN., *De Sancta Virginitate*, § 31: «*Doctor humilitatis Christus.*» *Serm.* 61, 1: «*Magister humilitatis et verbo et exemplo.*»

(5) AUGUSTIN., *Confess.* X, 29.

anterior, de la cual nuestra vida actual es una continuacion y una expiacion mientras el mal domina en ella. Pero la filosofía de Orígenes, recibida con entusiasmo en Oriente, no encontró acogida en el mundo occidental. Agustin no se detuvo en esto. Los mismos pensamientos que le atormentaban habian dado origen á una secta que, nacida en Persia, se habia extendido con rapidez por el Imperio romano. Maní admitia un principio del mal coeterno con Dios; éste era, segun él, el único medio de evitar la opinion impía que convertiria á un Dios de bondad en autor del mal. Agustin sentia en sí como un combate de los dos principios reconocidos por los maniqueos; el hombre no quiere siempre el bien, y, cuando lo quiere, le vencen las malas pasiones. Despues de haberse cansado en vano en buscar una solucion á sus dudas, se entregó rendido en brazos del maniqueismo (1).

Pero aquella mezcla de fábulas orientales y de creencias cristianas no podia satisfacer por mucho tiempo á la elevada razon de San Agustin. Hay en la teología católica un dogma que da una explicacion del origen del mal: Agustin se sirvió del pecado original para arruinar al maniqueismo, é hizo de él la base de su doctrina acerca de las relaciones del Creador con las criaturas. El mal, que va tan íntimamente unido al hombre que parece ser de su esencia, es una consecuencia del pecado. Adán, con el cual es solidaria toda la humanidad, es quien, violando los mandamientos divinos, ha viciado la naturaleza humana. El mal tiene, pues, su principio en el libre arbitrio y no en el Creador. Habiendo perdido su pureza primitiva, la humanidad es por sí misma incapaz del bien; no puede hacerlo, ni aún quererlo, más que por la intervencion incesante de Dios. ¿Qué medio tiene, pues, el hombre de rehabilitarse de su caída? Debe recurrir incesantemente á Dios, debe esperarlo todo de su gracia y aniquilarse en él.

Así, para combatir al maniqueismo, Agustin parte del principio del libre arbitrio, en el cual encuentra el origen del mal. Pero por

(1) AUGUSTIN., *De lib. arbit.* I, § 4: «*Eam questionem moves, que me admodum adolescentem vehementer exercuit, atque fatigatum in haereticos impulit atque dejecit.*»

otra parte, el pecado original vicia de tal modo la libertad, que ésta no existe más que en el nombre. ¿Cómo explicar esta especie de contradicción en el pensamiento del Padre latino? Una nueva herejía se había manifestado. Pelagio no admitía que el pecado original hubiera corrompido la naturaleza humana; decía que la libertad quedaba entera, aún después de la caída, que el hombre nacía puro y capaz de conseguir su salvación con sus propias fuerzas. Aterrado por las consecuencias de una doctrina en la cual parecían unirse la presunción de los Fariseos y el orgullo del estoicismo, para destruir la humildad cristiana, San Agustín creyó que era necesario destruir las soberbias pretensiones del hombre, presentándolo impotente para el bien, sin poder más que para el mal, condenado para siempre, á ménos de que la gracia de Dios le saque de la masa corrompida en que le ha precipitado el pecado de Adán.

En su lucha con el maniqueísmo, el Padre de la Iglesia es el defensor del libre arbitrio, mientras que en su lucha con Pelagio sacrifica la libertad á la gracia. ¿Deberemos, pues, decir con Leibnitz que San Agustín «tenía tendencia á exagerar las cosas, sobre todo en el calor de la polémica?» (1). Preferimos creer en un desarrollo regular y providencial de la teología cristiana por el órgano del gran doctor. No era el hombre de la libertad, sino el hombre de la humildad. Jesucristo había enseñado y practicado esta virtud, la primera entre las cristianas; éste era, pues, el camino que había que mostrar al género humano. Hoy que hemos perdido el sentido teológico, juzgamos ociosas las discusiones acerca de la gracia y del libre arbitrio entabladas por Agustín y renovadas con nuevo ardor en el siglo XVII (2). Se olvida que las ideas gobiernan al mundo. Si la gracia, si la humildad han triunfado de las altivas pretensiones del espíritu humano, es porque aquella doctrina era necesaria á la Iglesia para educar á la humanidad en la Edad Media. ¿Quiere esto decir que los largos trabajos de Agustín no hayan tenido más que un valor transitorio? No,

(1) LEIBNITZ, *Prólogo de la Theodicea*.

(2) HERDER, en una obra sobre el *Espíritu del Cristianismo*, ridiculiza las discusiones sobre la gracia (*Obras*, t. XI, p. 68, ed. de 1852).

una de las más poderosas inteligencias que han aparecido sobre la tierra, no ha podido pasar sin dejar rastro de su paso. Al hacer ver la gracia en todos los pensamientos, en todos los actos del hombre, el Padre latino está en lo cierto; pero á fuerza de insistir sobre uno de los elementos de las relaciones entre Dios y las criaturas, casi olvida los demás. A la filosofía corresponde reivindicar la libertad conciliándola con la gracia.

SECCION II.—SAN AGUSTIN Y EL MANIQUEISMO. EL PRINCIPIO DE LA LIBERTAD.

§ I.—El Maniqueísmo.

El cristianismo tiene la pretensión de llegar á ser la religión universal; sin embargo, hasta ahora no ha penetrado en el mundo oriental, ántes bien ha perdido las conquistas que había hecho en él. Hay un abismo entre el Oriente y el Occidente en la diferencia de sus concepciones religiosas. El panteísmo domina en las religiones del Asia, mientras que el cristianismo se funda en la idea de un Dios separado é independiente del mundo. ¿Prevalecerá la unidad religiosa? Este es un secreto del porvenir. Lo que es seguro es que los cultos del Oriente y el cristianismo son inconciliables. En los primeros siglos de nuestra era ha tenido lugar una tentativa de fusión. Hay numerosas relaciones entre la doctrina de Zoroastro, el bouddhismo y la teología cristiana; si hubiera tenido éxito la fusión de estos tres sistemas religiosos se hubiera conseguido la unidad, objeto de la predicación evangélica. Maní intentó esta grande obra, pero fracasó en su empresa (1).

La antigua religión de Zoroastro había vuelto en sí de su decadencia hácia la época en que el cristianismo se difundió por to-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, 2, p. 824, 825.